

LA RENOVACIÓN DE NUESTRAS COMUNIDADES

Realidad actual y actitud teológico-espiritual

Fernando Prado Ayuso, CMF

Obispo de San Sebastián

Palabras en el encuentro diocesano (Aldapeta MariaIkastetxea)

1 de marzo de 2025.

Egun on guztioi. Buenos días. Egun on, Barbastro elizbarrutiko lagunak. Izan zaitezte ongietorriak. Queridas hermanas y hermanos que habéis venido desde Barbastro a compartir con nosotros vuestra experiencia. Sentios, de verdad en vuestra casa. Benetan Ongi etorriak. Eskerrik asko hemen gurekin egoteagatik. Gracias por vuestra presencia entre nosotros y por lo que venís a compartirnos hoy. Antes que nada, pertidme pedir a la asamblea que hagamos una breve oración de petición por la salud y la pronta recuperación del Papa Francisco. Beraz, gure gaurko topaketaren hasieran, Frantzisko gure Aita Santuaren osasunaren alde egingo dugu otoitz. Otoitz txiki bat, agian, baina zentzuzko eta mamiazkoa.

Jainko eta gure Aita, beste egun batez otoitz egiten dizugu Frantzisko gure aita santuaren osasunaren alde. Zuk gure gizakion egoera eta behar guztiak ezagutzen dituzuna, begira maitasunez zure seme Frantziskori, gure fedearen anaia nagusiari, Eliza guztiak karitatean gidatzen dituenari. Sendotu gaixotasunean eta eman iezaiozu bere osasuna laster berreskuratzeko grazia. Zu, Espirituaren batasunean bizi bait zera, gizaldi eta gizaldietan. Amen.

Dios y Padre nuestro, un día más te pedimos por la salud de nuestro papa Francisco, que está convaleciente. Tú conoces toda circunstancia y sabes lo que más necesitamos tus hijos. Mira con amor a tu hijo Francisco, hermano mayor en la fe, que preside todas las Iglesias en la caridad. Confortalo en la enfermedad y concédele que recupere pronto su salud. Te lo pedimos a ti, que vives y reinas en la unidad del Espiritu, por los siglos de los siglos. Amén.

Un año más nos reunimos en este mismo lugar, en este colegio que nos acoge, para dar un nuevo impulso al proceso de renovación diocesana que nos traemos entre manos. Damos un paso más: Los equipos iniciales ya están en marcha mayormente. Vamos adelante, dando pasos. Después de un tiempo de análisis y de toma de conciencia, seguimos nuestro camino, a partir de ahora, queriendo “afinar” la foto inicial y metiéndonos de lleno en un tiempo indeterminado de discernimiento. Hoy quisiera hablaros, específicamente, de la importancia de nuestra propia actitud en este proceso.

Si recordáis, en las palabras que os dirigí el año pasado desde este atril comencé, recuerdo, hablándo de cómo hay dos palabras que despiertan en nosotros siempre una actitud positiva: una era la palabra “gratis”, otra la palabra “nuevo”. Así, el anuncio de algo nuevo que comenzaba, nos ha ido llenando de ilusión a lo largo de estos últimos meses.

Hoy quisiera hablaros de otras palabras que están detrás de estas en este proceso, y que quizá despiertan en nosotros un sentimiento algo diferente: me refiero a la palabra “cambio” y a la palabra “crisis”. Son palabras más incómodas. El cambio, siempre nos incomoda. Es siempre necesario, pero nos incomoda. El cambio trae siempre consigo esfuerzos de adaptación y también resistencias (Imagen-viñeta: cambio/cambiar).

La palabra “crisis” también nos incomoda. Crea en nosotros inseguridad. La vemos, la sentimos. No quisiera extenderme demasiado en describir la crisis en la que nos encontramos y de la que parece que no acabamos de salir. La hemos descrito bien en nuestro DAFO diocesano. También en mi carta pastoral de adviento aparecen los rasgos generales de la crisis por la que atravesamos. Es una crisis múltiple que afecta a todo y a todos. Está presente en el ambiente, es el aire que respiramos. Hace tan solo un par de años no dejábamos de hablar de crisis sanitaria, pero también de crisis económica, moral, de autoridad, de solidaridad, de verdad, política, geo-política, climática y, por supuesto, eclesial, que es la que nos ocupa hoy.

La palabra crisis proviene del griego ‘Krineo’, que significa ‘Cribar’, separar la paja del grano del trigo tras la cosecha. También se usa para referirse a ese punto crítico que alguien debe superar cuando lo ingresan con más o menos gravedad en el hospital (lo estamos viendo con la enfermedad del papa Francisco). La crisis hace tambalear nuestras seguridades, sacude nuestras categorías, nos pone inseguros y nos hace cuestionar prioridades y estilos de vida. Nos ponemos quizá nerviosos. Así nos sentimos: como cuando Jesús le advierte a Pedro en el Evangelio de Lucas: “Satanás quiere zarandearte y cribarte como el trigo... (Lc 22, 31) pero yo he orado por ti, para que tu fe no te falte y para que cuando te conviertas, vuelvas y fortalezcas a tus hermanos”. La crisis nos pone a prueba. En nuestro caso, la crisis eclesial nos desafía y nos somete al fuego purificador. Cuando estábamos viviendo la pandemia, el papa Francisco insistía en que de una crisis no se sale igual: se sale mejor o peor. O superamos el punto crítico, o no. San Ignacio de Loyola nos diría que la crisis es, además, un momento de elección: definir si apostamos por el futuro o nos replegamos. Tenemos que comprender bien lo que nos sucede, dónde estamos, sabernos situar bien, sin miedos, sin velos, aceptando la realidad tal cual es. Cuando escribí la carta pastoral, uno de los motivos principales para hacerlo ha sido querer socializar y hacer ver a todo el pueblo de Dios que camina en Gipuzkoa dónde estamos y apuntar con realismo nuestra realidad actual. Alguno ha dicho: «Lo que nos sucede es que no sabemos lo que nos sucede». Por eso, ante la crisis, que nos nubla también la visión, nos preguntamos: ¿Haremos pie en medio de tanta zozobra? ¿Saldremos adelante? ¿Qué podemos hacer?

Si tuviera que resumir la situación en una frase, diría: «¡Calma! La situación ‘sólo’ es grave». Dicho de otro modo: «es grave, pero, por favor, ¡no perdamos los nervios!» Preocuparse es bueno, siempre que la preocupación se convierta después en una consiguiente y verdadera ocupación. Lo que debemos evitar en todo caso es la sobrepreocupación y la angustia, que pueden ser signos más bien de falta de fe en el Señor. El Espíritu Santo conduce la historia, suceda lo que suceda, incluso si nuestras comunidades cristianas un día desaparecieran aquí. No sabemos hasta qué punto permitirá que el agua entre en la barca, pero sabemos que, mientras Él esté en ella (aunque parezca dormido), no se hundirá (cf. Mt 8,24). Al Señor no se le escapa tampoco este momento de la historia. Así que... “¡Calma! La situación solo es grave”. Jesús está ahí en la barca, con nosotros, tal y como nos lo ha prometido.

Nuestra crisis actual: entre el desierto y la tierra prometida

No es fácil hablar del futuro, ni lo pretendo. No soy adivino. Un proverbio chino dice: «Es difícil prever, sobre todo cuando se trata del futuro». No vale la pena gastar energías

tratando de adivinar. Partamos con realismo de lo que ya existe o se insinúa en nosotros y a nuestro alrededor. El pasado ya pasó y no tiene sentido intentar dar marcha atrás. La historia sigue avanzando, con nosotros o sin nosotros. También podríamos decir... a pesar de nosotros. Nos sentimos como en medio del charco: hemos dejado una orilla, pero no llegamos todavía a la otra: estamos como entre el desierto y la tierra prometida.

Estamos inmersos en un secularismo que desplaza lo trascendente. La sociedad parece que ya no necesita de Dios ni de la Iglesia como institución que acompaña las expresiones religiosas y la moral. La fe queda relegada de los espacios públicos y de los criterios generales. Este proceso parece irreversible. Con todo, no se trata de adaptarnos a una muerte dulce, sino que debemos aprender a vivir en este tiempo, el que nos toca vivir, que no es ni mejor ni peor que otros tiempos. Aprender a vivir aquí y ahora, sin renunciar a nuestra identidad y sin nostalgias de un pasado que no volverá. Los que tenemos puesta la confianza y la esperanza en Dios no podemos dejar de sentirnos fuertes y en paz con lo que somos como creyentes.

Las cifras sociológicas muestran un progresivo envejecimiento en la Iglesia, tanto de sus miembros laicos y laicas, como del clero y la vida consagrada, con pocas vocaciones nuevas. La imagen de David y Goliat ilustra bien nuestra realidad: nuestras fuerzas son limitadas, y el desafío que enfrentamos parece desproporcionado. Esta debilidad nos dificulta la atención pastoral de las comunidades, que hasta hace poco funcionaban de manera autosuficiente. Es obvio que es ya imprescindible una reestructuración de nuestros recursos humanos y materiales.

Toda solución, sea la que sea, la que el Espíritu nos vaya inspirando, pasará, sin duda, por un trabajo cada vez más en comunión entre sacerdotes, religiosos/as y laicos/as, para reorganizar los territorios, las estructuras y los tradicionales servicios de la Iglesia para seguir cuidando de las comunidades cristianas y poder seguir transmitiendo la fe a las nuevas generaciones de gipuzkoanos y gipuzkoanas. Es un desafío complejo que exige una mayor toma de conciencia del momento que vivimos en todo el pueblo de Dios y exige también la generosidad de un laicado y de unos ministros ordenados flexibles y también misioneros, dispuestos a servir de una manera nueva a la comunidad cristiana, trabajando en equipo. Sin duda, se hace necesaria también una formación adecuada de agentes y animadores laicos en nuestras comunidades.

A esta debilidad de lo que podríamos decir el “sujeto eclesial”, que hemos detectado en nuestro DAFO diocesano, se suma la debilidad para conservar las grandes obras heredadas, el patrimonio histórico y artístico, también nuestras instituciones educativas y la eficiencia institucional que caracterizó a la Iglesia en otros tiempos. Detecto como una nueva sensibilidad en la comunidad cristiana, especialmente entre los creyentes y sacerdotes más jóvenes. Percibo como un menor interés en hacia estas cosas. En su lugar, se quieren priorizar los grupos pequeños, una liturgia más cuidada, la cercanía a la gente concreta y un testimonio de vida sencilla. Se quisiera como privilegiar el ser sobre el hacer. Esto, que en sí es positivo, también nos plantea preguntas sobre cómo seguir cuidando el patrimonio y las comunidades cristianas vivas, cómo mantener nuestra presencia en tantas instituciones, si es que ha de ser así y cómo transmitir la fe a las nuevas generaciones sin renunciar a nuestra responsabilidad y a nuestros legados.

Nos encontramos, pues, en un punto de transición: entre la desertización progresiva y la nueva creación. La situación es desafiante, pero también es un tiempo de decisión y conversión. ¿Qué camino elegiremos?

Dos claves o ideas que creo que pueden trazar nuestro camino y que hoy os propongo como una tímida respuesta, sobre la que yo mismo sigo reflexionando y trabajando.

1. Necesidad de una **adecuada actitud teológico-espiritual** para afrontar todo esto. Se resumiría en aquella sentencia de Santa Teresa, a la que me he referido también en mi carta pastoral: “En tiempos recios, amigos fuertes de Dios”. Os he hablado de ello en la carta pastoral y he venido insistiendo en lo prioritario de esta cuestión.
2. De toda crisis solo podemos salir “Soñando juntos”. La corresponsabilidad que hoy llamamos “sinodalidad”, que no es otra cosa que la comunión puesta en práctica. Es la comunión responsable, en la que cada miembro de la comunidad tiene su lugar, su papel y su diferente responsabilidad.

Creo que sin estas dos claves, no hay ningún futuro posible para nuestras iglesias. Bien enfocadas ambas ideas, espero que nos abran a un futuro posible que responda a la situación y al próximo futuro de nuestra Iglesia diocesana. Por razones de tiempo, me voy a centrar tan solo en la primera. Sobre la segunda, tenemos referencia a ello en la carta pastoral y tenemos el documento final del sínodo que nos ayudará en un próximo futuro a profundizar en ello.

Adecuada actitud teológica-espiritual

Sobre la necesidad de una adecuada actitud teológica-espiritual, diría que creo, honestamente, que es el cambio más urgente que necesitamos en la Iglesia: un cambio de mentalidad y un mejor enfoque de la crisis. Es necesario enfocar bien nuestra Visión para que nuestra Misión no sea una misión ciega. Enfocar bien nuestra visión hoy significa, por encima de otras cosas, a mi juicio, conocer bien la situación. Como decía esa ha sido la pretensión fundamental de escribir la carta pastoral de adviento, para que todos nos situemos con realismo esperanzado en el momento y en el contexto que vivimos, con esa “adecuada actitud teológico-espiritual”. Si no es así, no afrontaremos bien los desafíos y no acertaremos en un buen discernimiento que nos lleve a encontrar las mejores respuestas posibles.

Lo de la crisis en la Iglesia y los tiempos recios no es nuevo. Jesús, los apóstoles, las primeras comunidades y en tantos momentos de la historia de la Iglesia también se ha experimentado la reciedumbre de los tiempos y la crisis. Mucha de la gente que siguió a Jesús no era de la calidad que él quería. Muchos le seguían por motivos externos y un tanto espurios. Veían pero no entendían, escuchaban pero no comprendían. Cuando se trata de llegar al fondo, muchos se vuelven atrás. «También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67-69). Así, los apóstoles y las primeras comunidades, la Iglesia se preguntaban..., como también hoy nos preguntamos, nos seguimos preguntando: ¿Por qué la palabra de Dios no conmueve inmediatamente al mundo, no lo transforma enseguida? ¿Por qué aparentemente produce tan poco fruto nuestro apostolado? ¿Por qué nuestro mensaje no es tan atrayente como nos gustaría?

Recordemos algunas respuestas que nos da el propio Evangelio, en concreto el de Marcos, que estamos leyendo estos últimos meses en las misas de diario, en tres de sus parábolas. Os ilustro un poco sobre ello:

* El sembrador: Los apóstoles deben vivir con Jesús este misterio de la humildad de la semilla del reino, que, aun siendo palabra de Dios -y por lo tanto lo más perfecto, santo y superpotente que existe y que el sembrador ha sembrado bien- puede ser acogida o no. Podríamos profundizar en los lugares donde cae la palabra de Dios y las razones que la sofocan o que la hacen improductiva. No es el momento. Tan solo apuntar que vemos que la palabra no da fruto automáticamente, sino humildemente, y, aun siendo divina, se adapta a las condiciones del terreno o mejor dicho, acepta las respuestas que el terreno da y que tantas veces son negativas.

* La semilla que crece sola. Nos habla de que es necesaria la confianza. Es Dios quien la hace crecer. Confiar en la fuerza de la semilla: en definitiva, en la fuerza de Dios.

* La semilla de mostaza. “No tengáis miedo”, dice, Jesús. El reino de Dios empieza con poco. No queráis pretender grandes resultados; dejad que las cosas se desarrollen gradualmente: de pequeñas semillas, de principios invisibles, nacerá el reino de Dios. Buscad el reino de Dios, lo demás se dará por añadidura.

Estas parábolas quieren abordar una gran *crisis discipular* de los discípulos con Jesús. Se parece mucho a la que hoy vivimos: la impresión de que el Evangelio interesa a pocos y de que, al final, nos quedaríamos en la Iglesia “cuatro gatos”, de que no hay correspondencia entre el tesoro del Evangelio y los pocos que se arriesgan a vivirlo (crisis de relevancia). Jesús no responde a sus discípulos con un discurso ni con explicaciones. Transmite un mensaje simple e incisivo: Dios realiza su obra en la debilidad y en la desproporción entre los fines y los medios. La pequeña semilla de mostaza se convierte en un arbusto en el que “las aves del cielo pueden anidar a su sombra” (Mc 4,32). Hay que confiar siempre en la fuerza sobreabundante de Dios, en la fuerza de la semilla.

Esta traducción de las palabras del Maestro podría sonar a interpretación interesada o a ‘consuelo barato’, pero creo sinceramente que no se aparta un ápice del sentido original de las parábolas de Marcos. Por eso, este evangelio puede iluminarnos mucho a la hora de afrontar nuestra crisis actual.

Una religiosa y reputada teóloga norteamericana, Sandra M. Schneiders, puso un ejemplo que puede ser útil para entender la situación actual¹. Frente a los que dicen que la Iglesia es como un dinosaurio, que está muriendo y desaparecerá como los dinosaurios, Schneiders recuerda que, desde la perspectiva de la evolución, los dinosaurios, en realidad, no desaparecieron, sino que se transformaron en lo que hoy día son los pájaros, más pequeños y más adaptados a las nuevas condiciones del planeta. Así, ¿la Iglesia está en un proceso de desaparición o de transformación? Podemos estar ciertos de que se trata más bien de esto último; lo cual supone –siguiendo la citada comparación– la muerte de algunos seres y la aparición de otros, sin que esto signifique, inexorablemente, la desaparición de la vida.

Esta es la actitud a la que estamos llamados. Se trata del futuro en el cual estamos ya, de alguna manera. Algo está desapareciendo y algo nuevo está brotando, casi

¹ S. M. Schneiders, *Finding the treasure*, Paulist Press, 2001.

imperceptiblemente. Solo los que soñamos y los que tenemos fe somos capaces de frecuentar el futuro con la fe y la esperanza puestas en la promesa: “Dios siempre está con nosotros”. Él es el más interesado en llevar su plan y su obra adelante. ¿Cómo vivir esto, aprovechando todo lo que tiene de positivo nuestro tiempo y tratando de evitar lo que puede desnaturalizar el significado y misión de nuestra vida como creyentes?

Como os he enunciado, creo firmemente que lo más importante es que en estos tiempos recios o de crisis seamos ‘amigos fuertes de Dios’, pues estoy convencido de que nuestro mayor riesgo no es la disminución numérica ni que nos falte ‘músculo’, sino más bien la mediocridad espiritual. Cada uno a nivel personal, pero también comunitariamente.

El número depende de Dios que llama y de muchos factores históricos y humanos. La calidad de nuestra vida cristiana y espiritual, sin embargo, es otra cosa. Con otras palabras: la verdadera espada de Damocles, más allá de la preocupación mundana por los números, el envejecimiento, etc, es más bien la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento progresivo y de la pérdida de “punch” o sabor evangélico en nuestras propias vidas personales y en nuestras comunidades cristianas. Se corre el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales en nuestra vida, dejando que capitaneen en ella el individualismo y eso que llamamos la ‘mundanidad espiritual’, que consiste en dejar que los valores del mundo y los criterios del mundo sofoquen los del Evangelio en nosotros.

Y fijaos, esta mundanidad espiritual es algo un tanto diabólico, pues muchas veces se esconde en nosotros como angel de luz, so capa de bien (san Ignacio). La eficacia, la relevancia, el ser más fuertes, los números, lo que aparentemente tiene resultados, el ir con las modas del ambiente,... aparentemente siendo una buena aspiración (¿Quién no quiere ser más fuertes, tener más resultados, empatizar con nuestra cultura...?), si falta lo más importante se convierte en fuente de ansiedad y nos aparta de la verdad del Evangelio, esa que produce en nosotros la alegría profunda y la satisfacción por vivir en verdad nuestra propia vocación como respuesta a la voluntad de Dios.

Creo que estamos en la hora de ir a lo esencial y no perdernos por las ramas. No introducir distractores, a veces so capa de buenas causas por las que luchar, incluso dentro de la Iglesia ¡Cuántas energías hemos gastado y continuamos a veces gastando en cosas que nos distraen de lo fundamental! Es tiempo de una nueva toma de conciencia real y de una conversión que nos lleve a redescubrir la importancia que tiene en nuestra vida ser ‘amigos fuertes de Dios’ y de fortalecer la dimensión creyente y espiritual de nuestra vida, que nos lleve a un actitud de confianza mayor en Dios y en nosotros para traducirse en una vida cristiana sólida, atractiva, convincente, realmente comprometida y evangelizadora.

Tenemos que ser sal de la tierra; pero no hace falta que esta sea mucha para dar sabor a la comida: lo importante es que sea buena. Tenemos que ser levadura en la masa; pero basta una poca para hacer fermentar toda ella. Tenemos que ser semilla; puede ser pequeña (aunque sana) para que pueda brotar un árbol. Si en algunos lugares las comunidades cristianas son un pequeño rebaño a causa de la disminución en el número, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invite a recuperar la propia tarea esencial de ser levadura, fermento, signo y profecía. A más grande la masa, más rico en calidad ha de ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida de los cristianos.

En múltiples ocasiones he hablado de que la vida de los cristianos ha de sostener lo que dicen sus palabras, tantas veces pobres y ambiguas. He insistido en que hoy, más que la batalla cultural, creo que nos la jugamos en la coherencia de vida: en el testimonio. Nuestro testimonio no ha de ser grande. Basta con que sea claro. A veces confundimos los dos adjetivos. Nuestra vida ha de ser un signo claro, más que grande; descifrable, más que consistente; convincente, más que imponente; atrayente, más que aplaudido; auténtico, más que triunfalista. Que nuestra vida humilde sostenga lo que dicen nuestras palabras.

Ser ‘amigos fuertes de Dios’ nos atrae esa actitud justa y necesaria ante este momento: no de miedo, sino de valentía y confianza en la fuerza de la semilla de la que hemos hablado antes. Huyamos de toda tentación de caer en la mundanidad espiritual, que tiende a mirar las cosas con mentalidad empresarial. La Iglesia no es una empresa, ni siquiera una empresa “apostólica”, sino una comunidad de fe cuyo “patrón” es Dios y cuyo “capital” son Sus planes y Sus dones, no los nuestros. Sus planes, por otra parte, los desconocemos. Dios no permite que le controlemos o programemos su libertad. Más bien somos nosotros los que hemos de dejarnos sorprender por Él.

Algunos miran la crisis como quien hace la autopsia de un cadáver. Miran la crisis, pero sin la esperanza del Evangelio. La esperanza da a nuestros análisis lo que nuestra mirada miope es tan a menudo incapaz de percibir. Ser ‘amigos fuertes de Dios’ nos invita a mirar la crisis a la luz del Evangelio. La crisis nos asusta no sólo porque nos hemos olvidado de evaluarla como nos invita el Evangelio, sino porque nos hemos olvidado de que es el propio Evangelio el primero que nos pone en crisis.

Pero si volvemos a encontrar el valor y la humildad para decir en voz alta que el tiempo de crisis es un tiempo del Espíritu, entonces, incluso ante la experiencia de la oscuridad, la debilidad, la fragilidad, las contradicciones... ya no nos sentiremos agobiados, sino que mantendremos constantemente una confianza íntima en que las cosas están en manos de Dios, en las mejores manos posibles. La Iglesia es un Cuerpo perpetuamente en crisis, precisamente porque está vivo. “Los muertos no tienen fiebre”, decía mi difunto hermano claretiano y obispo Pedro Casaldáliga. Las crisis nos desafían, nos ofrecen siempre nuevas oportunidades. Los desafíos, dice Francisco en *Evangelii gaudium*, “están para superarlos” (EG, 109).

La actitud espiritual justa está, pues, en evitar el inútil, además de imposible, intento de volver atrás; acoger con objetividad y vivir con serenidad la complejidad y ambigüedad cultural y social de nuestro presente, confiados en el Dios de las promesas.

No tenemos nunca, pues, la toalla, ni vivamos siempre en la lamentación. Lo importante es correr lealmente la carrera y buscar los mejores caminos. Pablo no convirtió al Imperio Romano, ni una sola ciudad, tampoco a sus hermanos judíos, pero dio la batalla. Así lo hizo Jesús también.

Por lo demás, el papel de la Iglesia, durante esta peregrinación en el tiempo, no es el de querer hacerlo todo o de creerse imprescindible, sino, con humildad y amor, indicar, recordar, insistir al mundo sobre Dios como origen, hogar y patria final de todo y de todos; ser testigos de esto ante los grandes desafíos de nuestro momento histórico, en medio de nuestros hermanos y hermanas del mundo, aunque sea de forma humilde y discreta, sin tanta

alharaca o sin tanta relevancia como en el pasado. La relevancia y los números del pasado, como hemos podido comprobar, no han sido garantía de un futuro mejor. La fidelidad sí.

Conclusión

Todo lo dicho nos invita a leer el momento y la realidad actuales no de una manera alarmista, sino providencial y creyente. Como dije antes, ¡preocuparnos, sí; angustiarnos, no! Esto demostrará la autenticidad de nuestra vivencia espiritual de los dones y de la misión que Dios, Padre siempre providente, nos ha confiado. ¡Basta de lamentarnos o de atormentarnos falsamente viendo el momento actual como un “castigo divino”, como hacen los “profetas de calamidades y desventuras”! ¿Quién puede decir eso y con qué autoridad? ¿No será más bien una proyección de la propia falta de fe?

Os invito a que veamos el momento actual, en cambio, como un ejemplo más del paso continuo, sorprendente, purificador y creativo de Dios en la historia de los hombres. Y afrontemos la vida con serena esperanza, no ingenua (sería infantilismo), sino realista, típica de las personas maduras y del discípulo confiado, porque “es Cristo, más allá de todo, nuestra esperanza” (1Tm 1,1). Por lo demás, el futuro de la Iglesia no depende del número de sus miembros, ni del prestigio externo o de la eficiencia práctica de sus obras e instituciones, o del aplauso de quien sea, sino de aquello que constituye la razón de ser de toda vocación cristiana: la búsqueda de lo “único necesario” (Lc 10,42). El Espíritu, que nos ha hecho nacer y crecer, es quien nos someterá a la prueba y decidirá lo que tenga que venir. Lo importante es que, cuando llegue nuestra hora, sea verdaderamente la que Dios –que nos ama– ha querido y que nos pille dando la batalla, juntos. No dejemos de soñar juntos.

Permitidme terminar recordando los últimos números de la carta pastoral de adviento, que suenan un poco a poesía (¡tan necesaria!)...

«Toda aurora está precedida por un crepúsculo y por una noche más o menos larga. Las nubes pueden esconder al sol, pero no hacer que no exista, incluso cuando entre nosotros sea de noche. El invierno lleva en su corazón a la primavera, la simiente al árbol con sus frutos. Toda Solemnidad comienza con las Primeras Vísperas, de noche. Cristo nació y resucitó de noche, no al mediodía. Los dos discípulos que, al caer de la tarde, iban desilusionados y desanimados hacia Emaús (Lc 24,21-24), como sin darse cuenta, se vieron envueltos ya en las Segundas Vísperas del día de Pascua (“... ¿No estaba ardiendo ya entonces nuestro corazón dentro de nosotros...?”, Lc 24,31). No eran los últimos de la procesión, sino las primicias tal vez inconscientes de un nuevo futuro. He ahí que explotaron de alegría, al darse cuenta de ello y, a pesar de ser de noche (Lc 24,29) volvieron “al punto” a Jerusalén (Lc 24,33), porque su alegría se había vuelto incontenible, explosiva: ¡tenían que comunicárselo a los demás!»

Gracias por vuestra paciencia. Me he alargado más de lo que quería. Muchas gracias. Eskerrik asko!